

PRESENTACIÓN

LA EMERGENCIA DE LOS DISCURSOS filosóficos a partir de las complejas situaciones concretas y su repercusión en éstas, encierra encrucijadas de enorme problematicidad. Este número de *Universitas Philosophica* entrevé dicho territorio como un adecuado telón de fondo a los renovados cuestionamientos que al respecto plantean nuestros queridos colaboradores.

Para comenzar, la presunta legitimidad fenomenológica que pueda asistir a Heidegger cuando asume que el carácter de apertura del mundo –su originario *estar ya en situación*– está previa y constitutivamente articulado por obra del Habla, es cuestionada por José Ruiz Fernández en su escrito, en cuanto tal articulación puede significar únicamente la introducción dogmática de un esquema que carece en el fondo de contenido fenoménico, que elude remitirse de un modo particular a la concreción de sentido inmediatamente compareciente que la acredite.

Desde otro ángulo, el dinamismo del espacio de la metrópolis moderna por la que Freud y Simmel se pasean, alcanza a desestabilizar las categorías tradicionales en que pensamos el mundo externo y sus sujetos. La invisible visibilidad del sueño (Freud) y el abismo entre la visibilidad y la invisibilidad del dinero (Simmel), así como el verse cara a cara de la gente en la ciudad y el no verse los rostros en la práctica analítica, entre otros factores, contrastan e inciden en la tarea de elevar la situación hacia el concepto filosófico, y marcan el pensamiento y la ciudad misma del presente como lugares desolados. De tal reflexión somos partícipes en lectura del texto que Juan Pablo Garavito nos entrega.

Un trayecto diferente de las relaciones problemáticas entre los discursos y las situaciones concretas, se recorre en la crítica acometida por David Alejandro Rey a las tesis de la inconmensurabilidad de las teorías científicas propuesta por Thomas Kuhn y Paul Feyerabend y, al ataque de Donald Davidson a la noción de esquema conceptual. El autor ensaya un camino intermedio entre el relativismo de los primeros y el etnocentrismo del último, y muestra cómo los contrastes entre sistemas conceptuales diferentes no nos conducen necesariamente a un relativismo. Antes bien, considera que la confrontación entre miembros de diferentes culturas propicia el cotejo radical de los conceptos de dos o más sujetos y, resulta significativo para el progreso científico.

El frenético escenario del periodismo y los medios de comunicación abre todo un nido de víboras de problemas sobre la realidad acerca de la que se informa y la verdad con que se lo hace. En su contribución, José M. Chillón L. nos lanza a la búsqueda de nuevos paradigmas sobre las nociones de verdad y realidad en un territorio en el que siempre se afilan nuevas aristas.

Otro tanto sucede al recorrer las fronteras de la ciencia y la filosofía cuando, por ejemplo, en las exploraciones sobre una filosofía de la mente y la ciencia cognitiva, se advierte que sus reflexiones propiamente no pueden despegar sin atender al problema de cómo entender la conciencia y de cómo ésta requiere otro tipo de reflexión. Jaime Montero A., en su contribución, halla en la fenomenología de la conciencia de Husserl, en especial, y en la tradición diversa que éste abrió, una senda fecunda para la comprensión originaria de la experiencia humana.

La situación concreta del aula universitaria en la que se afronta el desafío de enseñar la filosofía a no filósofos demarca igualmente, día tras día, semestre tras semestre, un territorio en el que los estudiantes se inician en problemáticas decisivas del filosofar para sus vidas sino, en el que, con mucha frecuencia, la socrática labor de los filósofos graduados inicia su recorrido. Compartir la riqueza de estas experiencias e insistir en la necesidad de reflexionar y recrear permanentemente las prácticas pedagógicas del filosofar en nuestro medio local, nacional y continental, es el cometido de Alfredo Durán M. en su artículo.

Para terminar, la extraordinaria *Lectio Inauguralis* ofrecida por nuestra profesora Adriana Urrea Restrepo: Con un relato difícil de escribir, de

pronunciar, de escuchar y, ahora, de leer, elaborado a partir de su reflexión existencial, Adriana logra incitar y herir sensibilidades; pone el dedo en la llaga sobre el significado y el valor de hacer filosofía desde, de y en nuestra ensangretada nación; desde, de y en nuestro vejado continente latinoamericano; desde, de y en la que ahora es nuestra lengua (castellano o portugués). Entre la caósmosis y la acrasia, entre la tentación de la mudez ante la situación y la incertidumbre del poder de la filosofía para instaurar posibles, Urrea efectúa una genial torsión de la supuesta identidad antropófaga del nativo caribeño impuesta por los colonizadores, para entender en ella toda una epifanía de la vida como ‘devo-ra-ción’ pura que, con su bastardía, desmorona la división del mundo en dominantes y dominados, hace insuficientes las figuras de Ariel, Calibán, Próspero; reclama su reencarnación en un pensar que se incorpora para hablar hoy más lo mestizo mismo que lo antagónico, y desmantela así la gula propia de la antropofagia capitalista.

¡Exitoso periplo!

EL EDITOR